

ÍNDICE

Autores Varios

"ESTRUCTURALISMO Y PSICOANÁLISIS"

Ed. Nueva Vision

André Green	
El psicoanálisis ante la oposición de la historia y la estructura	7
Claude Lagadec	
Historia, estructura y dialéctica	27
Louis Althusser	
Freud y Lacan	53
Claudia Melli	
Lacan: psicoanálisis y lingüística	83
Maurice Corvez	
El estructuralismo de Jacques Lacan	101
André Green	
La diacronía en el freudismo	139
Luce Baudoux	
El inconsciente freudiano y las estructuras formales de la poesía	177



Fuentes

André Green: "El psicoanálisis ante la oposición de la historia y la estructura".

Título del original: "La psychanalyse devant l'opposition de l'histoire et de la structure", publicado en *Critique*, nº 194, Les Éditions de Minuit, París, 1963. Traducción de José A. Castorina.

Claude Lagadec: "Historia, estructura y dialéctica". Título del original: "Histoire, structure et dialectique", publicado en *Dialogue*, vol. IV, nº 1, Montreal, 1965. Traducción de Alejandro Ferreiroa.

Louis Althusser: "Freud y Lacan". Título del original: "Freud et Lacan", publicado en *La Nouvelle Critique*, nos. 161-162, París, diciembre 1964-enero 1965. Traducción de José Sazbón.

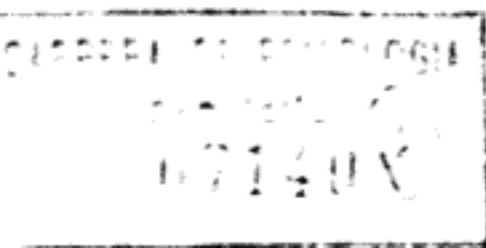
Claudia Melli: "Lacan: psicoanálisis y lingüística". Título del original: "Lacan: psicoanalisi e linguistica", publicado en *Lingua e Stile*, año III, nº 3, Società Editrice Il Mulino, Bolonia, 1968. Traducción de Jorge Giacobbe.

Maurice Corvez: "El estructuralismo de Jacques Lacan". Título del original: "Le structuralisme de Jacques Lacan", publicado en la *Revue Philosophique de Louvain*, tomo 66, nº 90, Lovaina, 1968. Traducción de José A. Castorina.

André Green: "La diacronía en el freudismo". Título del original: "La diachronie dans le freudisme", publicado en *Critique*, nº 238, París, 1967. Traducción de José A. Castorina.

Luce Baudoux: "El inconsciente freudiano y las estructuras formales de la poesía". Título del original: "Inconscient freudien et structures formelles de la poésie", publicado en la *Revue Philosophique de Louvain*, tomo 61, nº 71, Lovaina, 1963. Traducción de José A. Castorina.

Diseño gráfico: Nicolás Jiménez.



EL PSICOANÁLISIS ANTE LA OPOSICIÓN DE LA HISTORIA Y LA ESTRUCTURA

André Green



Comentario sobre el libro de Claude Lévi-Strauss: *El pensamiento salvaje*, capítulo X, "Historia y dialéctica", y el artículo de Lucien Sebag: "Histoire et structure", *Les Temps Modernes*, agosto de 1962, pp. 281-306.



Desde que sabemos que la *estructura* se aclara menos por la investigación del significado que por el lazo no aparente que une a los significantes entre sí, la permanencia de las leyes de lo simbólico se va emancipando de la abundante variedad de formas que adopta. En el movimiento que ha conducido a las bodas de la antropología y la lingüística, la ley, el habla y la mente se funden en el crisol humano.

Pero a esta perspectiva se opone la de la *historia*, que abrió antaño el campo del saber poniendo en tela de juicio el absoluto de la esencia de la cual el hombre sería el depositario o la encarnación, volviendo a delinear, en los titubeos de sus proyectos, los avatares de la construcción del pensamiento. Si la historia de la filosofía no es únicamente la suma de las tentativas individuales de los filósofos, si éstas permiten adivinar una línea central, como lo sugieren ciertas páginas de Merleau-Ponty,¹ la fase marcada por la figura de Hegel, que sucede al gran racionalismo, sería la del "descubrimiento de la dialéctica". Pero, a su hora, esta orientación será desbordada por la filosofía de la existencia que Heidegger y Sartre, entre otros, ilustran cada uno a su modo. Aunque en Sartre la historia sin más tiende a convertirse en la referencia esencial de la filosofía.

Se oponen, pues, dos opciones metodológicas: la de la historia y la de la estructura, imposibles de confundir, como decía Lucien Sebag,² así como la unidad se opone a la discontinuidad. Mientras la primera evoca una relación inteligible, previsible, ubicada en una serie de la que, planteados los términos, se deriva cierto término implícito, la segunda demarca, recorta, reúne, mediante la

1 "En todas partes y en ninguna", en *Signos*: páginas de introducción a una obra colectiva, *Les philosophes célèbres*, Éd. Mazenod.

2 Nos referimos al texto de Lucien Sebag, aunque se trate de un fragmento de una obra de próxima aparición. Nuestro estudio crítico se limita al examen de los puntos de vista histórico y estructural en la metodología de algunas ciencias humanas, objeto del artículo de Sebag. [Dicha obra apareció en 1964, con el título: *Marxisme et structuralisme*, Payot, París, N. del T.]

confrontación de los datos redistribuidos según sus relaciones sistemáticas, lo que permite recuperar el "proceso de múltiples aspectos que permitió que tales relaciones se cristalizaran".

Es en el terreno de la ciencia donde Lévi-Strauss —en *El pensamiento salvaje*— busca respuestas para estas cuestiones. Es notable que sus soluciones lo conduzcan a oponerse a la concepción histórica o dialéctica de Sartre. Las prevenciones del autor contra una interpretación demasiado dispuesta a subrayar la divergencia de su pensamiento con el de Sartre no bastan para borrar nuestra impresión de una oposición fundamental sobre la interpretación de los hechos humanos en los dos autores, lo que muy bien podría ser la cuestión de la filosofía de las ciencias humanas del medio siglo. No es seguramente un azar que este debate se plantee entre una personalidad dedicada al estudio de las sociedades sin historia y otra cuya preocupación, más allá de la filosofía, se orienta hacia el destino del hombre actual, producto de los recursos de la pasada historia de la humanidad.

Podríamos preguntarnos si esta discusión debe quedar ligada estrechamente al contexto del que ha surgido, o sea el de la interpretación de las estructuras sociales. Pero todo parece indicar, en cambio, que tanto Lévi-Strauss como Sartre desean dar al problema toda su amplitud. En este caso no debemos sentirnos prisioneros del marco sociológico en que surgió el debate, y podemos considerarnos autorizados a poner a prueba esta oposición en otros campos de las ciencias humanas.

La crítica de Lévi-Strauss va al fondo de la cuestión impugnando a quienes valorizan excesivamente la interpretación histórica: "diríase que para ellos la dimensión temporal goza de un prestigio especial, como si la diacronía fundara un tipo de inteligibilidad no sólo superior

al que aporta la sincronía, sino sobre todo de un orden específicamente humano".³ Es lo que el autor de *Las estructuras elementales del parentesco* niega vigorosamente, discutiendo a veces sus propias conclusiones anteriores. La historia, afirma, no es independiente de la demarcación que la constituye, ya que sin esta selección la historia total se confundiría con el caos. "Una historia verdaderamente total se neutralizaría a sí misma, su producto sería igual a cero."⁴ La historia utiliza un lenguaje, es decir un código, lo que implica la primacía de la estructura, y niega a la perspectiva temporal un valor privilegiado para el estudio de las ciencias humanas.

Se podría creer que el compromiso concreto de los hombres en la praxis introduce una dimensión nueva, "pero para que la praxis pueda vivirse como pensamiento, ante todo hace falta (en un sentido lógico y no histórico) que el pensamiento exista: es decir, que sus condiciones iniciales estén dadas bajo la forma de una estructura objetiva del psiquismo y del cerebro, faltando la cual no habría ni praxis, ni pensamiento".

Tiempo atrás, al trazar las fronteras entre la naturaleza y la cultura, Lévi-Strauss había considerado la regla, la ley, como el límite del fenómeno natural, el confín de lo humano. Con el correr del tiempo se advierte en cambio que esta barrera y este límite se desplazan hasta la estructura del cerebro humano, el cual está a su vez bajo la dependencia de una forma de organización de la materia. El acuerdo entre el estructuralista antropólogo y Merleau-Ponty es aquí difícil de sostener si recordamos la tesis de *La estructura del comportamiento*. En realidad el término último de la demostración de Lévi-Strauss apunta a negar toda especificidad particular al hombre; los hechos humanos son la expresión de una estructura inconsciente, y ésta, expresión de los fenómenos biológicos y finalmente físico-químicos. Lévi-Strauss se resiste a aceptar una actitud reductora, ya que postula que al

³ *La pensée sauvage*, p. 339. (Versión castellana: *El pensamiento salvaje*, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1964.)

⁴ *Loc. cit.*, p. 431.

finalizar la demostración las estructuras físico-químicas revelarán ser infinitamente más ricas que como las concebimos en el comienzo.

Al parecer, se podría dirigir a Lévi-Strauss la misma crítica que éste hace a Sartre, aunque al revés: la sincronía funcionaría aquí como reveladora de la imagen de lo verdadero, allí donde la historia no sería más que una narración de la apariencia. Sea como fuere, la conclusión siempre es la misma: nada es específico del hombre fuera de su estructura físico-química.

Es posible interrogarse sobre las razones de este suicidio intelectual del sociólogo que conduce a negar que las instituciones sociales sean el patrimonio del hombre. Pero esta lección de modestia no nos exime de averiguar si es la humildad la que dicta tal elección o si no estamos ante un panlogicismo que abarca en una explicación única los procesos de la materia, de la vida, de la psiquis, de la sociedad. Pues el objetivo de Lévi-Strauss es el descubrimiento de la teleología inconsciente del hombre, "algunos de cuyos aspectos nos revelan la lingüística y el psicoanálisis y que descansa en el juego combinado de los mecanismos biológicos (estructura del cerebro, lesiones, secreciones internas) y psicológicos".⁵

De modo que si el psicoanálisis se invita a tomar parte en este debate, es porque ha sido interpelado. También Sartre se refiere a él cuando afirma: "En realidad el materialismo dialéctico ya no puede privarse de la mediación privilegiada que le permite pasar de las determinaciones generales y abstractas a ciertos rasgos del individuo singular. El psicoanálisis, por su parte, carece de base teórica; apenas si en Jung y en algunas obras de Freud va acompañado de una mitología perfectamente inofensiva." ⁶

Así, Lévi-Strauss realza la verdad a la que pertenece el psicoanálisis hasta el punto en que éste se confunde con la vida y la materia, y Sartre, sin dejar de reconocerle

⁵ Loc. cit., p. 333. ¿Hay que leer lesiones [lésions] o necesidades [besoins]?

⁶ *Critique de la raison dialectique. Questions de méthode*, p. 47.

una utilidad, lo confina en la elucidación de singularidades contingentes, vedándole el status de un saber sobre el hombre. ¿Cómo situar la obra de Freud entre este dilema de la razón analítica y la razón dialéctica, o del pensamiento estructural y el pensamiento histórico?

No hay que esperar que esta cuestión reciba una respuesta unívoca en el interior del mismo psicoanálisis. A partir de Freud, varias corrientes privilegian, cada una a su manera, tal o cual aspecto de su obra. Entre las diversas direcciones de los desarrollos posfreudianos, podrían individualizarse dos grandes corrientes, histórica y estructural, en el pensamiento psicoanalítico.

La primera retiene de la herencia freudiana sobre todo el esclarecimiento de las raíces infantiles de la neurosis, la noción de la fijación a una etapa del desarrollo individual y particularmente su corolario, la de la regresión, o sea el retorno, ante la presión renovada del conflicto, a modos de satisfacción más o menos alejados en el pasado. Así, llega a ser grande la tentación de confrontar la palabra del analizado no con su propio pasado, lo que es imposible, sino con una imagen más honda del desarrollo individual observado *in statu nascendi* con los ojos del analista. Éste, entonces, relevará al psicólogo en los asilos y las casas-cuna, o los centros infantiles, para arrojar sobre el continuo evolutivo, sus niveles, sus crisis, sus mutaciones, una luz menos académica. De este modo, mediante el conocimiento de los factores que pesan sobre el paso del niño al adulto y a veces desvían su trayectoria, se podría prevenir mejor la neurosis con la profilaxis y verificar mejor las hipótesis freudianas a través de la observación, determinando especialmente lo que el discurso del analizado encierra de subjetivo y de objetivo.

En la orientación estructuralista, sólo cuenta esa palabra del analizado en el momento en que la pronuncia en su sincronía, en el marco de la relación de transfe-

cía que lo liga con el analista. El modo de atención analítico tendría por fin, en este texto amputado que es el contenido de la sesión, recuperar lo que falta en él mediante el descubrimiento del sentido latente al que da acceso el método estructural: estudio de la relación entre los significantes, sustitución de un significante por otro, etcétera.

Es evidente, entonces, que en tal perspectiva el lenguaje será altamente valorizado. En efecto, si la orientación histórica se apoya en la regresión, ella implica el retorno a, o la persistencia de, estados más arcaicos superados en el estado normal. Aquí el temor, la angustia, el *afecto*, pasan a primer plano.

La posición estructural desconfía de una actitud que comprende demasiado rápido o se explica sin gran esfuerzo esta captación ansiosa por un retorno a la condición infantil. Los que se inclinan hacia el método estructural preferirían que se deje de recurrir con demasiada facilidad a la noción de una reviviscencia de la inmadurez impotente de los orígenes de la vida, para interrogarse sobre el sentido de esta resurrección de una pregunta de la infancia, pregunta que insiste en plantearse en el discurso del paciente y que, chocando contra el muro de silencio, es escandida por los ecos que provoca. El lenguaje seguiría siendo aquí, como siempre, la única vía del desciframiento y de la desalienación.

La crítica de los estructuralistas contra los historiadores va aún más lejos; es bien conocido su argumento: no tenemos otros ojos, para descifrar el mundo de la infancia, que nuestros ojos de adultos que no podemos cambiar como se cambia de lentes, para acomodarnos a la corta o larga distancia. No es el niño quien esclarece al adulto, es el adulto quien esclarece al niño que habla en el adulto que escuchamos.

Es tan ilusorio entonces considerar que nuestra hipótesis reconstructiva del pasado es la realidad, como creer que llegaríamos a aprehender la realidad del pasado mediante el estudio objetivo: el hilo recondutor que guiará nuestro esfuerzo no puede ser otro que el de la traduc-

ción de lo manifiesto a lo latente con ayuda de las leyes de lo simbólico, de las que la lingüística no sería más que una aplicación particular.

La psicopatología de los últimos años ha visto desarrollarse vigorosamente las concepciones históricas; entre éstas, figura en primer plano la de Henri Ey,⁷ que concibe a la enfermedad como una desestructuración, una desorganización de la Conciencia o de la Razón, desorganización que no se efectúa de cualquier modo, sino que deja aparecer en su movimiento disolvente las etapas que han jalonado la construcción del ser psíquico. Se vuelve a encontrar aquí esa invocación a la historia que revelaría las vías de la edificación del Yo. Pero entonces surgen las mismas objeciones: la historia supone la demarcación del pasado y el señalamiento en el presente de los nudos conflictivos cuya aparente novedad no es más que el eco de antiguos conflictos.

En psicología, donde se presta menos atención a la desestructuración que a la estructuración encarada desde el ángulo genético, el desarrollo no se concibe sino escandido por la noción de fase. Osterrieth ha enumerado, a través de 18 sistemas diferentes, 61 períodos cronológicos que reconstruyen el desarrollo infantil. Si es cierto que en Freud existe una concepción del desarrollo infantil que apela a la noción de fase, no es allí donde la historia tiene más plena importancia. La sucesión de las etapas libidinales ilustra un esquema que permite oponer las diferentes dialécticas según las formas prevalentes del deseo. Es mucho más en el elemento rítmico de la repeti-

⁷ Cf. sus *Études psychiatriques*, sobre todo t. I y III, Desclée de Brower, ed. En sus trabajos, Henri Ey dedica un amplio lugar a lo que llama análisis estructural. Esta denominación, frecuente en la psicopatología de inspiración fenomenológica, no tiene nada que ver con el pensamiento estructuralista. En realidad el sistema teórico de Henri Ey es esencialmente histórico.

ción —la actividad pulsional se define precisamente por su carácter de escansión— donde se manifiesta el aspecto histórico del descubrimiento psicoanalítico. El "ser psíquico" no se despliega según un movimiento lineal que lo lleve del nacimiento a la edad adulta siguiendo un recorrido más o menos accidentado, sino esencialmente a lo largo de las vías del resurgimiento de los signos borrados, reprimidos y re-suscitados * por la reactivación que les imprime lo real.

Se ve aquí cómo el psicoanálisis se opone doblemente a la concepción histórica clásica, ya sea en el dominio de la organización (psicología genética) o de la desorganización (psicopatología neojacksoniana de Henri Ey) del Yo. Por lo demás, puede observarse que Jean Piaget, ilustre defensor de la psicología genética, se ha desviado de su primitivo evolucionismo hacia un estructuralismo más riguroso. En efecto, concepción histórica y realización unitaria del individuo al término de su progresión van generalmente a la par. Pero si Piaget pudo dar esa impresión en el comienzo de su obra, ahora niega la posibilidad de un enfoque sintético de los diversos accesos a la organización de las funciones psíquicas. Para él no hay fases generales y a fortiori, aún menos, unidad en la cima.⁸

Del mismo modo, tampoco para el psicoanálisis podría haber una concepción totalizadora o integrativa del desarrollo: los reinos de la conciencia y del inconsciente permanecen absolutamente distintos. Si la conciencia es historia, el inconsciente es intemporalidad. Es en este punto donde el psicoanálisis se opone a las psicopatologías no psicoanalíticas como la de Henry Ey, que postula la *integración* de lo somático y de lo psíquico, de la conciencia y del inconsciente en la unidad de la persona. En

* Fr.: *re-suscités* tiene dos acepciones: 1) vueltos de la muerte a la vida; y 2) suscitados nuevamente. En castellano estas dos acepciones requerirían dos palabras: re-sucitar y re-susitar. (N. del T.)

⁸ Jean Piaget, "Les stades du développement intellectuel de l'enfant à l'adolescent", en *Le problème des stades en psychologie de l'enfant*, P.U.F., Paris, 1956.

Freud, esta unidad llevaría a la negación misma del concepto de inconsciente.

La contradicción de la historia y de la existencia radica, pues, en que la cronología no es la historia. La repetición es el hilo conductor que nos permite guiarnos en la dimensión concluida del pasado; es decir, hacer revivir ese pasado de otro modo que como una letra muerta o momificada. La escansión localizable en las figuras del desarrollo reanuda el presente a aquello de lo que ha surgido, no en los efectos de una sucesión mecánica, sino en una relación que une y separa a la vez. La repetición no es una circularidad cerrada, volcada definitivamente sobre sí; llama a la reflexión a comprobar el fundamento histórico del hecho. La repetición no es un mecanismo oculto o solamente vital; es el signo que permite reconocer la impronta del inconsciente. Frente a los cambios de la evolución, viene a designar una permanencia.

No se puede negar que esta evolución implica modificaciones, hasta progresos, pero de lo que se trata en el nivel del ser, lo que marca su especificidad y se revela en la dialéctica del deseo o de la relación de objeto, es esta misma escansión.

Y una vez más, en esto volvemos a encontrar a Freud: si en la cura psicoanalítica se concede el mismo valor a los acontecimientos del pasado, a los lazos del presente, a los deseos del sueño, a los proyectos de la fantasía, a las opciones del Ideal del Yo, es porque la lengua que se descifra en la diversidad de sus dialectos es la misma: la del *inconsciente intemporal*. Esta lengua no se lee más que a través de sus modelos organizadores. El aprendizaje de este desciframiento nos remite a los orígenes, no en una perspectiva pasatista sino porque, según la afortunada expresión de Merleau-Ponty, el mundo está ya allí y para el hombre: la madre y el padre que lo han dado a luz, reunidos por la Ley. Volvemos a encontrar aquí la enseñanza de Hegel, que fundó en un mismo movimiento la historia y la dialéctica.

Lo que Hegel describe no es, en realidad, "una historia" como encadenamiento de acontecimientos: sucesión o imbricación traspuesta al seno de una conciencia que vive el devanamiento de lo vivido. Lo que Hegel revela es el proceso mismo del espíritu que, como fenómeno humano, sólo se concibe a través de una sucesión y de una simultaneidad de figuras que se engendran unas a otras, figuras que se requieren y se niegan manifestándose, y su existencia desaloja sucesivamente a cada una de las fases del lugar en que ellas discurren.

En tal perspectiva, el hecho humano precede con derecho a la noción de razón:⁹ ésta no debe ser concebida al término de una evolución pero la comprende en todos los momentos. El mismo Hegel pudo dejarse engañar por su propio desarrollo cuando, quizás más imprudente que Freud, bordea las fronteras del saber absoluto, haciéndonos creer que un espejismo es accesible.

¿Es preciso entonces, retornando a los orígenes, tratar de descubrir en ellos las matrices de la naturaleza donde se imprime el espíritu en su nacimiento? "La sustancia simple de la Vida es pues la escisión de sí misma en figuras y al mismo tiempo la disolución de esas diferentes subsistencias: y la resolución de la escisión es por otra parte un proceso de escisión o una posición de miembros articulados."¹⁰

Esta interdependencia del proceso de la Vida y de la posición-aniquilación de esas figuras lleva a Hegel a esta conclusión: "Es este circuito en su totalidad el que constituye la Vida; ésta no es lo que antes se dijo, la continuidad inmediata y la solidez compacta de su esencia, ni la figura subsistente y el discreto ente para sí, ni su puro proceso, ni siquiera la simple reunión de sus momentos; es el todo que se desarrolla, disuelve y resuelve su desarrollo y se mantiene simple en todo ese movimiento."¹¹ Pero entonces hay que señalar que la Vida no es

⁹ Que es la culminación lógica de todas las concepciones genéticas e históricas.

¹⁰ *Phénoménologie de l'esprit*, tomo I, p. 151.

¹¹ *Loc. cit.*, p. 151.

pensable fuera del hombre que la piensa, que no contiene en sí su principio, sino que éste se revela al hombre, único capaz de concebirla; la vida universal no se aprehende como tal en la totalidad captada por una evidencia inmediata, sino que esta totalidad es descubierta por quien la refleja: ahora bien, esta reflexión culmina en el descubrimiento de la independencia del objeto de su reflexión respecto de su marcha primera: "el objeto que se presentó primero a la conciencia es determinado ahora como siendo la vida universal; lo que la conciencia de sí halla frente a sí como una totalidad, es la vida que es su vida, y la encuentra como idéntica en sí misma y como distinta de sí".¹²

Este paso de la Vida a la conciencia de sí, este nacimiento de la conciencia de sí ante sí misma inauguran una nueva forma de ser, y esta nueva forma de ser es el *Deseo*. "Así la conciencia de sí tiene la certeza de sí misma sólo por la supresión de ese Otro que se presenta ante ella como vida independiente; ella es deseo."¹³ En el mismo movimiento se descubre la independencia del objeto que amenaza de ese modo la certeza de sí, pero que es su único fundamento como testigo. Ella es condición de su satisfacción, por su testimonio, su consentimiento, su supresión; el deseo es Deseo del deseo de Otro. "La conciencia de sí sólo alcanza su satisfacción en otra conciencia de sí."¹⁴ Esta mediación original, ineluctable por la vía del reconocimiento, crea las condiciones de la universalidad, por tanto de una *razón* que hace posible la historia. "Un Yo que es un Nosotros y un Nosotros que es un Yo."¹⁵

Esta mediación se cumple en los dos sentidos, el del lazo con el prójimo como necesario para el reconocimiento del deseo que impone la unión de los sexos, y el del lazo

¹² Jean Hippolyte, "Situation de l'homme dans la phénoménologie hégélienne", en *Études sur Marx et Hegel*, p. 175.

¹³ *Loc. cit.*, p. 182.

¹⁴ *Phénoménologie de l'esprit*, p. 153.

¹⁵ *Loc. cit.*, p. 154.

con el antecedente y con el consecuente instituido por el parentesco.

Esto no nos lleva forzosamente a la defensa de presuntos valores racionales, sino hacia lo que constituye el fondo de la vida del ser en su travesía de la existencia; lo que se refiere a su nacimiento, sus progenitores, sus lazos con los seres del mismo sexo y de sexo diferente, su trabajo, su parentesco, y, para terminar, su relación con la Muerte. ¿Y de qué nos habla el psicoanálisis sino de todo esto?

La crítica del estructuralismo integral está mucho menos avanzada que la del historicismo. No es fácil hacerla a fondo pues el estructuralismo se ha presentado como el liberador reciente de las cadenas de un historicismo que mostraba signos de cansancio. Ninguna explicación existía sin su descomposición temporal. Quizá no ha llegado el momento de recelar de la nueva orientación para emanciparse de ella. Y sin embargo sería erróneo ignorar sus peligros. El estructuralismo integral, apoyado en su ahistoricismo integral, no puede conducir más que a la defensa del isomorfismo del mundo natural y del mundo cultural. *La ley* ya no es más que una de las caras por donde se ofrece a nuestra mirada el mundo físico gobernado por *las leyes*. E. Ortigues señaló muy bien la función de eslabón que en la dialéctica del intercambio basado en la circulación de bienes ocupan las mujeres, cuya posición es al mismo tiempo natural y cultural: dadoras de niños y transmisoras de valores futuros.

Esa cópula, cuyo signo es la mujer, indica tal vez de modo irrecusable que la demarcación estructural está bajo la dependencia de un *modelo* más general, matricial, fundamental, que da a luz otros al desplegarse. No se clasifica solamente porque la actividad de la mente se confunde con la acción de clasificar. La mente despierta a los sentidos por la percepción de la identidad y de la dife-

rencia que son esencialmente las de la sexualidad. Del diálogo que mantiene el sujeto entre su sexualidad y la semejante o diferente de cada uno de sus padres.

El aspecto estructural del psicoanálisis está ilustrado por el complejo de Edipo como situación humana ejemplar. Las relaciones que implica no son pensables independientemente de los dos ejes del Deseo y de la Identificación. Hay que librar a la situación edípica del historicismo anecdótico al que Sartre quiere relegarla. Sólo puede examinársela con seriedad en el nivel de generalidad que es el del concepto.

λ "Se tiene la impresión de que el complejo de Edipo simple no es de modo alguno su forma más común; representa más bien una simplificación o una esquematización que, por cierto, a menudo está justificada por razones de orden práctico. Un estudio más ajustado muestra generalmente un complejo de Edipo más completo, que existe en una forma doble a la vez positiva y negativa, y se debe a la bisexualidad originalmente presente en los niños: lo que significa que un niño no se contenta con tener una actitud ambivalente frente a su padre y elegir a su madre como objeto de afecto; al mismo tiempo se comporta también como una niña y manifiesta una actitud afectuosa femenina hacia su padre y una correspondiente actitud de hostilidad y de celos hacia su madre... La experiencia analítica muestra, pues, que en cierto número de casos, uno u otro de los elementos constitutivos de ese complejo desaparece con excepción de huellas apenas perceptibles; de modo que surge una serie, una de cuyas extremidades presenta el complejo de Edipo normal y positivo y la otra el complejo inverso negativo, mientras los eslabones intermedios muestran la forma completa con predominio de uno u otro de sus dos componentes." ¹⁶

La diferencia esencial entre la posición de Lévi-Strauss y la de Freud reside en el hecho de que para el

¹⁶ Sigmund Freud, *Le Moi et le Ça*, trad. de la Standard Edition, XIX, 33-34. (Versión cast.: *El yo y el ello*, Obras completas, Biblioteca Nueva, Madrid, 1948.)

primero tal combinatoria es perceptible en todos los niveles de expresión de la realidad: físico-químico, biológico, psíquico, social, sólo diferente en su demarcación; mientras que Freud le asigna una vocación propiamente humana.¹⁷ Su especificidad reside en que el hombre nace cautivo de las imágenes de sus progenitores; éstos lo solicitan, lo requieren, en tanto él mismo, al tener que encontrarse a través de ellos por la condición prematura en la que llega al mundo, sólo puede llegar al fin de su búsqueda en el movimiento del significante que los intercambios adultos constituyen ante su vista. Sin duda no constituye lo simbólico, pero está constituido por éste, como ha dicho Lacan. Apresado en las mallas del significante, el niño no puede aprehenderlo sino en el modo de un llamado anticipante y anticipado, permanentemente superado por las significaciones que debe captar, mientras que él mismo es el significante de los padres que lo han dado a luz, logrando hacer aflorar —siempre muy ligeramente— su subjetividad a su conciencia sólo por lo que él es para ellos. En estos intercambios en los que sólo aprehende verdaderamente la presencia del otro en su ausencia, y en los que él mismo no puede aprehenderse más que en su propia ausencia evocada en el coloquio parental, dos caminos le están permitidos: el Deseo y la Identificación. El Tener y el Ser. Freud ha indicado sus lazos múltiples; la identificación es la forma de vínculo más primitiva (identificación narcisista) y más acabada del ser humano (identificación con el Ideal del Yo). Lo que el sujeto no puede tener, quiere serlo. A la inversa, el deseo es, como ya señalamos, Deseo del Otro, Deseo del Deseo del Otro, y supone pues la Identificación.

Esta solidaridad de la situación del sujeto y de la

¹⁷ No se puede acusarnos de olvidar ciertos pasajes de Freud en los que subordina sus propias hipótesis a los futuros descubrimientos de las ciencias de la naturaleza. Sería confundir la letra y el espíritu. En realidad el aporte original de Freud es haber expuesto a una nueva luz la organización psíquica, específica del hombre. Que haya encarado el problema de las relaciones de la psiquis con la infraestructura corporal no autoriza a nivelar planos que él contribuyó a delimitar mejor.

configuración edípica tiene como enseñanza profunda una concepción original del cogito. Lo que está en primer plano no es aquí ni la unidad de la persona ni la desmultiplicación de los recortes posibles de la estructura. La carencia es su dimensión fundamental.

Hace un momento insistíamos en el carácter ilusorio de la unidad temporal, definiendo el espejismo de una posesión falsamente completa del pasado. En la perspectiva sincrónica podemos también acentuar, a través del Deseo y de la Identificación, este carácter incompleto.

No sólo el sujeto no está en su centro en este asunto sino que tan pronto como se sitúa en alguna parte, no puede mantenerse en esta posición más que en relación con el otro al que apunta, ya sea siendo llamado hacia él, ya sea incorporándolo en él.

Así, abandonamos el proyecto de arribar a una esencia del sujeto: estamos condenados a no aprehenderlo más que a través de su posición para otro y frente a otro, sin por eso olvidar que el otro no es aquí anónimo o intercambiable, sino ese otro de doble rostro paterno y materno, que me falta y a quien yo faltó, en la triangulación edípica, donde los intercambios están regulados por la referencia al falo.

Individualizando los significantes propuestos por el elemento de parentesco, haciéndolos jugar según los ejes del deseo y de la identificación, del amor y de la agresividad, de la bisexualidad humana, de la oposición entre principio de placer y principio de realidad, de los registros del proceso primario y del proceso secundario, estamos frente a un juego "operatoriamente satisfactorio", notablemente rico, que explica un campo de situaciones, de constelaciones, de hechos normales y patológicos, que da al complejo de Edipo el derecho a la denominación de estructura.

Contrariamente a la afirmación de Lévi-Strauss, el descubrimiento freudiano no es una versión del mito de Edipo; es el modelo que permite comprender sus variantes. Contrariamente a lo que piensa Sartre, la metapsicología freudiana no es de ningún modo inofensiva pues su

coherencia ha permitido la apertura de nuevas perspectivas en numerosos campos del saber, y su traición ha inspirado las empresas más dudosas y más peligrosas desde el punto de vista político.

Con el Edipo, toda oposición entre estructura e historia parece vana. La historia no es pensable fuera de la repetición que ella remite a la estructura; la estructura, en lo que se refiere al hombre, no es pensable fuera de su relación con sus progenitores, constituyentes de lo simbólico, al introducir una relación temporal-intemporal que implica la dimensión de la historia.

La fórmula de Lacan: $\delta \diamond \alpha$

δ para sujeto obstruido del desconocimiento;

α para el objeto del Deseo; *

$\diamond$ representante de la *relación*;

propuesta para escribir la estructura de la fantasía, explica estas particularidades. δ está obstruido precisamente porque su individualidad de sujeto no es concebible más que a través de lo que lo obstruye; α es igualmente el objeto del deseo del presente, del pasado o del futuro; pero creemos que lo más importante es la introducción de $\diamond$, que quiere decir a la vez mayor y menor, disyunción y conjunción; este $\diamond$ viene a representar aquí de manera inteligible el concepto de *relación*, es decir el del vínculo y del corte. En este carácter, vale para la historia que une y la estructura que separa.

Lévi-Strauss se vale de un artificio cuando pretende que la historia está sometida a las leyes del pensamiento y debe entonces reducirse a la estructura. Quiere hacernos confundir la ciencia histórica y el fundamento histórico del hecho: sólo con esta condición tendría razón. Por el contrario, distinguir el saber histórico, que depende de la estructura, y cierto saber, que no es justamente el saber de la conciencia, nos permite concebir una presencia de la historia independiente de la estructura. O más exactamente, una conjunción-disyunción historia-estructura

* Se trata de la "a" de (*a*)utruí: el otro con minúscula, moi especular del otro u objeto de la captación imaginaria, indistintamente, que en Lacan sostiene y obstruye el paso de nivel simbólico. (N. del T.)

tan estrecha que la realidad psíquica no tendría ningún sentido fuera de ella.

El lenguaje del inconsciente, su estructura, esa lengua que se habla sin haberla aprendido verdaderamente, sino sólo adivinado, sobrentendido, entrevisto, tiene sus particularidades sólo porque hay un *malentendido* inicial. Malentendido forzoso, porque la "confusión de lenguas" entre adultos y niños es obligatoria, factor de fecundidad y de un infatigable rebote del significante, ampliación del campo del sentido. Hiato insuperable que todo ser que ha asistido a la angustia de una madre ante la incomunicabilidad del deseo del niño aprehende en un momento. Misterio que se acentúa aún más cuando la misma madre, instruida por la experiencia, termina por comprender que en realidad su hijo no sabe lo que quiere. Toda la historia se desliza en este hiato insuperable, en una carrera que no concluye jamás. "Cuando yo sea grande" no tiene sentido para el niño sino cuando el padre que tiene ante sí sigue siendo este padre de ahora y no un anciano ya vencido por los años, si la madre es esta hada que lo surte de todo, y no la pequeña anciana encorvada, objeto de caritativa solicitud, de la que todo deseo se disipa. El carácter absurdo de esta persecución infernal nada quita a su aspecto de epopeya. La estructura a la que está ligada indica, si no el fin o el sentido de la carrera, al menos la regla de ese juego. Un juego con el que no se termina, ya que el oficio de hijo no cesa más que cuando se cae bajo el yugo de la paternidad. Y entonces, después de haber planteado preguntas, llega el momento en que se debe dar respuestas. Pero en realidad cada momento confunde en su sentido la pregunta y la respuesta, porque cada momento está apresado en la doble red de los elementos simultáneos y sucesivos.